

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo B)

Las lecturas de hoy tratan del sufrimiento humano y de la respuesta de Dios. Job, paradigma del inocente que sufre, es la imagen de tantas víctimas que no encuentran sentido a su dolor. Job ve la vida como una carga pesada que se agota en el día a día, sin mayor esperanza. Este sentimiento no es ajeno al corazón de muchos hombres, especialmente en situaciones calamitosas. Si la vida se agotara en este mundo y sólo podemos esperar en lo que podemos prever y tenemos ante la vista, sería fácil hundirse en la desesperanza que brota de los labios de Job: «Mi vida es un soplo y mis ojos no verán más la dicha».

Hay, por tanto, dos males: el mal físico, para el que muchas veces no encontramos explicación; y el mal moral, que es la consecuencia que éste puede tener en nuestra alma, esto es, la pérdida de ilusión y la desesperanza. Es como un malestar que nos paraliza y nos impide mirar más lejos. Podemos ver una imagen en la fiebre que tiene la suegra de Pedro. La fiebre alerta de algún mal. Es como el síntoma de que algo en nuestro organismo no funciona. Eso, a nivel espiritual, se encarna en la tristeza o acidia, que es la desgana por las cosas de Dios. La fiebre debilita y deja postrado. La debilidad espiritual, conlleva lo mismo. Entonces nos dejamos arrastrar por la tibieza, el desinterés y nuestra vida entra en una pendiente que cada vez es más difícil de remontar.

Jesús cura las enfermedades físicas y las espirituales. Cura las dolencias físicas, y eso es signo de que sana las deficiencias interiores. Jesús se acerca a todos los que sufren. Cuando el hombre se ve incapaz de acercarse a Dios, sea porque se siente indigno, sea por cualquier otra causa, Dios busca la manera de ir a él. El evangelio de hoy nos muestra el deseo de Jesús de acercarse a todos: «Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, para predicar también allí; que para eso he venido».

Cuántas veces en la vida hemos sufrido de fiebre espiritual. Quizá ahora mismo te sientes así, como sin ganas, sin ilusiones, como arrastrándote por la vida. A veces es por algún motivo que puedes detectar. Pero otras veces no. Y te preguntas: ¿qué me está pasando? ¿Por qué esta tristeza, esta desgana, esta falta de sentido? Y haces grandes esfuerzos, que todavía te debilitan más. Es el momento de acudir al Señor: “Señor, sáname. Señor, cúrame, que estoy postrado y no me puedo levantar. Tú me amas, tú lo puedes todo. Señor, sáname.”

Reconozco, Señor, que tengo fiebre, estoy enfermo y postrado por el peso de mis limitaciones, de mis miserias, de mis equivocaciones y de mis pecados. Tú eres la verdadera medicina que necesito. Eres el único que puede sanarme. A pesar de todo, sé que tú me quieres, yo te importo, porque me miras y te acercas a mí. Hoy el sacerdote dirá: “Este es el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo”. Y yo, mirándote fijamente porque te reconozco en el Pan, te pediré: “Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya, bastará para sanarme”. Y tú, Señor, me tocarás, me darás la mano, tirarás de mí, me sanarás y me sentiré con nuevas fuerzas para levantarme. Las que solamente tú me puedes dar.